El ensayo del sobre vacío

La primera queja llegó a la imprenta con un sobre pegado a una hoja de reclamaciones. Dentro no había invitación, tarjeta ni nota. Solo el olor seco del papel nuevo.

—Al menos podrían haber avisado de que el acto se cancelaba —dijo la mujer que lo había llevado—. Mi madre se tomó un taxi porque creyó que la esperaban.

Malena trabajaba en la imprenta desde hacía nueve meses. Revisaba pedidos, contaba paquetes y reconocía a algunos clientes por el modo en que doblaban las facturas. Aquel sobre no se parecía a los envíos habituales del taller: era demasiado grueso para una felicitación corriente y demasiado elegante para una circular.

—¿Qué acto? —preguntó.

La mujer enseñó el anverso. Su nombre estaba escrito en una etiqueta impresa, pero no había remitente. Por fuera solo figuraba la palabra «Confirmación».

—La reapertura de la nave del barrio. Dijeron que invitarían a las familias que trabajaron allí. Yo ni siquiera acepté participar.

Cuando se marchó, llegaron otras dos reclamaciones. Un vecino había recibido un sobre idéntico; una profesora del instituto, otro. Todos estaban vacíos. Los tres aseguraban que la imprenta había cancelado el homenaje sin dar explicaciones. Malena no encontró ningún pedido de cancelación.

En el registro de entregas sí había un encargo extraño. Un cliente llamado Beltrán había solicitado doscientos sobres para una «prueba de distribución», junto con una segunda tirada de invitaciones que se imprimiría el lunes. Pagó por adelantado y pidió que la repartidora llevara los sobres vacíos a las direcciones indicadas, sin poner el nombre del taller. La gerencia aceptó porque Beltrán explicó que se trataba de comprobar la mensajería antes del acto.

La imprenta había hecho exactamente lo acordado. Eso no resolvía el problema de las personas que recibieron un sobre que parecía prometerles algo.

—Beltrán dijo que después vendrían las tarjetas —recordó la encargada, Lucía—. Quizá las ha cancelado él.

Malena desplegó las dos hojas de producción. El papel destinado a los sobres figuraba en dos lotes distintos: uno satinado, usado por fuera; otro mate, reservado para las pruebas internas de la máquina. El último renglón tenía una corrección: «Cuarenta piezas de prueba incorporadas por falta de material».

—¿Qué piezas? —preguntó.

—Las que pasaron por la prensa sin tinta —contestó Lucía—. No se veía nada y estaban nuevas. Las cortamos para completar los paquetes.

Malena buscó una de las piezas restantes. Era una hoja casi blanca, con una ligera diferencia de textura. Al inclinarla junto a la lámpara de la mesa distinguió líneas superficiales que desaparecían cuando la colocaba de frente. No eran letras impresas: eran las marcas de presión que había dejado el mecanismo durante un ensayo.

—No están vacías del todo —dijo.

Lucía tomó la hoja. Tardó varios segundos en descubrir una palabra hundida en la superficie: «adhesión». Debajo quedaba un tramo de frase cortado por el borde del sobre.

Malena no quiso completar una oración a partir de esa palabra. Habría sido fácil imaginar un escándalo antes de tener pruebas. Pidió revisar la maqueta que el cliente había entregado para la segunda tirada. Estaba guardada en una carpeta compartida, junto al presupuesto y los nombres de quienes recibirían las invitaciones. No abrió otros trabajos.

El encabezado decía: «Acto de reapertura. Comité de apoyo de antiguos trabajadores y familiares». A continuación figuraban doce nombres, entre ellos el de la mujer que acababa de reclamar. Debajo, en letras pequeñas, una línea anunciaba: «Las personas citadas avalan la presentación del proyecto».

—No tengo ninguna autorización firmada para atribuirles eso —dijo Lucía.

—¿Se la pedimos al cliente?

—Dice que las trae el lunes. Esta mañana llamó para adelantar la impresión.

Malena volvió a los sobres que aún no habían salido. El trabajo de corte mezcló dos tamaños, y por eso una pieza de ensayo estaba pegada al interior de uno de los sobres. La presión había dejado una dirección incompleta. Al poner la hoja bajo luz lateral, solo alcanzó a distinguir el nombre de una calle y el número de un local. No había un destinatario identificable.

La repartidora llegó al mediodía con su bolsa y un justificante de las entregas. Se llamaba Sara. Había trabajado años repartiendo documentos administrativos y no le gustaba cargar con explicaciones que no le habían dado.

—Me están culpando a mí de los sobres vacíos —dijo—. Una señora preguntó si el acto se había suspendido. Yo respondí que no lo sabía. Es verdad.

Malena le mostró la hoja de ensayo y le preguntó si el local de aquella calle correspondía a algún destino de la ruta. Sara repasó su propia lista y reconoció uno: el antiguo centro social donde se había celebrado una reunión sobre la nave industrial.

—Pero ese sobre no era para una persona —aclaró—. En mi lista ponía «mesa de información». Lo dejé en recepción.

Aquello era poco para demostrar una intención, pero bastaba para formular una pregunta precisa. ¿Por qué la maqueta de una invitación de homenaje incluía una declaración de apoyo y una dirección que correspondía a un local de reuniones, si los destinatarios nunca habían aceptado formar parte de un comité?

Malena llamó a Beltrán desde el teléfono de la imprenta, con Lucía presente. No le leyó nombres ni le habló de los sobres que estaban en manos de otras personas.

—Necesitamos el consentimiento de quienes aparecen respaldando el proyecto antes de imprimir esa afirmación —dijo.

—No hace falta —respondió Beltrán—. Solo estamos anunciando que estarán invitados.

—La maqueta no dice eso. Dice que avalan la presentación.

Hubo un silencio breve.

—Es una frase de cortesía. Cambien «avalan» por «acompañan» y terminen el trabajo.

—Tampoco sabemos si van a acompañarlo.

—Ya pagué. No van a arruinar una reapertura por un verbo.

Beltrán colgó.

Lucía miró las bandejas de papel preparadas para el lunes. La segunda tirada no se había iniciado. Se podía detener sin destruir nada.

—Necesitamos dejar constancia de lo que ocurrió —dijo Malena—. Pero no podemos convertir los nombres de esa lista en un cartel de acusaciones.

Separaron los sobres no entregados, conservaron la maqueta original con acceso restringido y anotaron qué lote se había usado en cada etapa. Malena preparó una explicación breve para cada persona que reclamó: la imprenta había enviado sobres vacíos por orden del cliente, no había anunciado oficialmente un acto y no había recibido autorizaciones que permitieran presentar a los destinatarios como miembros de un comité. Ofrecía copia de los documentos donde apareciera su propio nombre y un canal escrito para pedir la retirada de sus datos.

La mujer de la primera reclamación regresó por la tarde. Le costó leer la línea sobre el comité sin levantar la voz.

—Mi madre trabajó allí diecisiete años —dijo—. Se opuso a que derribaran la nave. Ahora me van a poner en una invitación como si yo respaldara lo que ella combatió.

—No la hemos impreso —respondió Malena—. Por eso he querido mostrarle la prueba antes.

La mujer pidió una copia de la parte que la mencionaba. Malena se la entregó y registró esa solicitud. Las otras personas recibieron, por separado, sus propios datos; ninguna tuvo acceso a las direcciones

ajenas. Quienes quisieran reclamar o consultar a la entidad organizadora podían hacerlo con la documentación que les pertenecía.

El lunes, Beltrán fue al taller con una carpeta vacía. Insistió en que la imprenta había incumplido el contrato. Lucía le respondió por escrito que la parte de la segunda tirada que atribuía apoyos personales quedaba suspendida hasta que presentara autorizaciones comprobables o aceptara un texto que no afirmara un consentimiento inexistente. Separó también la discusión comercial del cuidado debido a los destinatarios.

—Todo este lío por un sobre que no tenía nada —dijo Beltrán.

Malena le mostró la hoja donde se veía apenas una hendidura.

—No estaba vacío. La máquina dejó la huella de la prueba, y esa prueba nos obligó a leer la frase que usted quería enviar.

Beltrán salió sin llevarse los originales. La disputa sobre el dinero seguiría por una vía distinta. La segunda tirada no se hizo.

Malena guardó una sola hoja de ensayo en el expediente interno, identificada por el lote y la fecha, sin nombres expuestos. No era un trofeo ni una prueba de que supieran todas las intenciones del cliente. Era la señal de un error de producción que había permitido revisar a tiempo un encargo peligroso.

Durante semanas, al cerrar el taller, miró los paquetes bien impresos y después aquella hoja casi blanca. Había aprendido que el papel podía guardar una marca incluso cuando nadie había querido poner tinta sobre él. Y que, en una invitación, el espacio reservado para un nombre nunca era un espacio vacío.